

El Retorno de las Intrépidas

Siempre es necesaria una sublevación zombie. Acá se efectuó el sábado como a las cuatro y media de la tarde. Hacia las cinco, habíamos identificado a tres forajidas: la Amalia, la Rebeca y la Beatriz; pero fueron cuatro las que abandonaron su estancia. Ya se imaginarán lo atolondrado que se pone el Pirómano en una situación como esta: apenas la Inés se introdujo en el Mausoleo, él la decapitó con una botella de champán. “El sacudón de mi vida”, fue el título del capítulo en su autobiografía. Entenderán, también, que se trata del segmento más doloroso de *ese* libro. Sumergido en la auto-indulgencia barbárica del hombre que sabe defenderse pero no puede narrar una anécdota decente, sus palabras se confabulan en un gimoteo tétrico reminiscente a nuestra peor pesadilla mucosa. Gracias a Dios, está sanducheado entre sus pláticas con el inodoro y su obsesión con devorar escargots-- y sí, ambas tenían sabor a ajo. Los pocos elogios literarios que recolectó se los debe a su glotonería. Nosotros nunca lo apoyamos, y sin importar cuánto lo deseó, tampoco lo hizo la Beatriz, que presencié la ejecución de su compañera de sarcófago, y que evidenció el traspaso del corcho de la frente a la nuca y escuchó la casi inaudible explosión sanguínea que se asemejaba no al yunque que cae sobre el cañón con eco silente (pero eco, de todas formas), sino al sonido que produce el tocino al ingresar al sartén- “pero cortito, circular, esparcido en la atmósfera adyacente con la menor de las perspicacias, semejante a la aplicación de la crema anti-acné”. Prometemos usar

frases más cortas durante el resto del relato, pero una decapitación les afecta aún a los narradores más estructurados.

El cuerpo de la Inés yacía en el umbral del Mausoleo y el champán yacía sobre donde solía estar su cabeza. Así nos hicimos amigos. Claro, ellas le tenían cierto recelo al Pirómano por haber exterminado a su camarada, pero, ustedes lo saben: son poquísimos los homicidios que no se perdonen con un par de botellas de bourbon. El hígado de las visitantes lo sufrió, seguro, pero esa noche hubo poquísimos más estragos. Pronto la Beatriz les contó, como acholada, cómo era la reconstitución de un cuerpo descompuesto. La Rebeca les contó cómo se sentía la caída de la guadaña sobre las entrañas, y cómo las texturas de las paredes del último túnel eran de pudín. “Pero era más bien salado. Ya hay un rato en que te haces a la idea de que estiraste la pata, y a esas alturas eres tan madura que no te hacen falta cucharas ni galletas”. Se demoró y subió unas libritas, y para cuando conoció el paraíso, los ángeles no se la querían tirar. Pero era la más encantadora y la del mejor metabolismo, y fue por su efectividad al inaugurar burdeles que la enviaron de vuelta al cementerio. “Tienes mucho en qué pensar; cuidado las cucarachas”, le había dicho Dios antes de su exilio. Dios nunca asistía a sus espectáculos, pero se dice que Él allá es tan omnipresente como acá. La Amalia les contó el secreto de la fragancia de su cabello: “A mí tampoco me gusta esto de la putrefacción, pero hay que esforzarse igual. El alma ajena sabe bastante bien si te la sabes chupar”. El Habanero no tenía por qué usar interiores ajustados, y como ya le afectaba esta curiosa mezcla entre estar senil y estar enamorado, no le bastó con cruzar las piernas sino tuvo que cruzar al baño. Su padre, que era un ávido creyente en la abstinencia, le había dado la solución para combatir tales despertares: “Y entonces, jovencito, no podrás sino aguardar”.

Sabíamos que la sublevación no duraría hasta el siguiente amanecer. Todas las sublevaciones siguen la misma estructura: o es una noche de mierda para todos los que la protagonizan, o el mundo se traslada a un escenario apocalíptico, con triple-sobreviviente que igual se las arregla para arrasar con los muertos vivos y fornicar con la banda de suecas refugiadas. Pero los zombies siempre marchan, y si bien el riesgo de la infección es alto, se trata de una especie bastante frágil. El Habanero, ya no tan extasiado, lo comprobó al besar a la Amalia por primera vez y desprender una porción de su labio superior. Lo sintió más chicloso que fraccionado. Lo reparó con saliva y concluyó que su destrampe post-humano era mejorable y para mejorarlo necesitaría un prelude conversacional.

“Qué bien huele tu cabello hoydía”, y ella le sonrió con la bamba incompleta.

“Normalmente el prelude lo arruina”, dijo la Amalia, y nunca en la noche estuvo más coqueta. Y es que ya habían tenido un prelude antes. Agobiados por el exceso de babas que aterrizaban en sus frentes, y extasiados por los sudores peculiares vinculados a las feromonas y al licor, abandonaron el Mausoleo y se tropezaron con la enredadera antes de la Casa de Velación. Una vez despabilados, se dieron cuenta que no estaban tan borrachos como para saltarse todos los rituales y se tomaron de las manos. Aparte del abandono mutuo al Mausoleo, su cortejo había sido casi prescindible. Al sentir la palma ajena, se miraron fuerte y cerraron las narices para no inhalar los polvos que, reventados de cuerpos tan volátiles, les pondrían como nostálgicos, y, por ende, amigables. Estaban tan grisáceos y tan entrelazados. No necesitaron hablar para besarse por primera vez, y entonces el Demonio entendió que no había desarrollado tensión alguna. La situación era tan inexorablemente romántica que cuando la mano mojada subió

por el muslo, lo sintió familiar, como de prima, y le destrozó el labio en represalia. Era un mal prelude, como el bailar el bolero con la ñaña antes de atragantarse a la cuñada divorciada en las Bodas de Oro, o como el engullirse las jaleas antes de deshuesar a la pantera asesinada por la diarrea. “Por último, sus manifestaciones eran menos densas”. Su padre bien podría haber redactado una docena de manuales para el manejo de erecciones, pero no tenía idea de la rigidez con que la etiqueta obligaba a la cocina gourmand a relacionarse con los sistemas digestivos. “Bueno, habla algo entonces”, dijo la Amalia, y se veía menos desarreglada por su hocico desfigurado porque su fecha de expiración era anterior al alba. Era un buen piropo, y a ella le gustó.

“En serio, da lo mismo. En todo caso, yo me voy a cargar peor chuchaqui mañana demañana”, dijo la Beatriz.

El Pirómano no se comió el consuelo. La premisa de una resaca descomunal en las puertas del Edén le sonaba a inconmensurable, y, ornamentadas y atrofiadas por la odiosa tonalidad compasiva de la Beatriz, las perlas del día a día paradisíaco le eran más ponzoñosas que saludables. “Los cócteles de los arcángeles son alimento, no toxina”. La Inés, descabezada, tenía facha propicia de esa ramera recién visitada la guillotina, que nalgueaba a su verdugo enmascarado antes de morir, y luego se amanecía en la cantina del Reino de los Cielos con tal de no barrer. La facha, claro, era solo una memoria, pues hace rato que habían reemplazado el malestar de química comunitaria del Mausoleo por las telarañas inspira-confesión de la Cripta. Fueron los pensamientos menos nobles que manufacturó el Pirómano, y eso que ya había matado a un hombre. “Es como introducir melcocha en una baldosa: el ácido de repente ya no es tan viscoso”. La

Beatriz, repugnantemente predecible, se había portado de lo más simpática con los remordimientos del Pirómano. “¿Sabes? Para mí solo cuenta la estrangulación. No iré nunca a una manifestación a favor del envenenamiento, pero por algo Rasputín es un héroe mientras que un malandrín, cuando intoxicado, muere malandrín”. Su cortejo había sido mucho más evidente que, por ejemplo, el de la Amalia y el Habanero. Esto, por supuesto, era irrelevante: el Pirómano pretendía superar la noche más dura de su vida ejerciendo su dominio en Asexualidades. Le describió cada una de las motivaciones que concluyeron en el asesinato del Malandrín. Ambos estuvieron de acuerdo en que no justificaban nada y que el Pirómano no se merecía ningún paraíso, y que de todas formas acabaría allí.

“¿De qué me perdería, de todas formas?”, preguntó el Pirómano.

“No de tanto. Las dos primeras semanas son sensacionales, pero llega el momento en que quieres reclamar tu propia aureola y, cuando el sargento Tomás te responde que ‘no hay especies, regrese en Corpus Cristi’, sientes que esa divinidad es tan sintética como el resto del stand”.

“Por supuesto que quiero verlo de nuevo” dijo la Rebeca. Su relación con Dios había causado sensación. Estaba más borracha que todos los demás. Eso, claro, daba lo mismo: sabía mejor que nadie que no se puede entablar una amistad a partir de sentimentalismos sino de nostalgias. Apartó la añoranza y los cosquilleos en la espalda y describió su enamoramiento con el Señor con fidelidad casi mística.

“Ni tan casi”, dijo el Ascendente. Casi siempre el Ascendente es el más hormonal de todos. Sin embargo, esa noche sus prioridades de prioste potencial

podieron con sus instintos de follador de pirañas (“A mí tampoco me gusta emplearlas; pero, brou, hay metáforas y hay *metáforas*”).

“No me bombardeen de elogios: les juro que ni siquiera nos pusimos físicos. Sé que se mueren de ganas de planear una cita Yavé-Style, pero igual fallarían y miserablemente. Si no hubiese sido con Dios, se hubiese tratado de un encuentro de lo más olvidable. Y a ratos hasta ordinario: fue obvio al dejar más propina y me agarró la mano en el momento más impertinente, y cuando le dije cómo me ganaba la vida, mostró la misma compasión asquerosa que me mostraron ustedes”.

Los Cecés estaban tan inmersos en la Revelación que no pudieron diferenciar la exageración de la ofensa. Ni para qué repetirlo: estaban un poco patéticos.

“¿Y qué pasó luego?”, pregunta el Abismado, que es como el menos lírico de todos. Su pasión por el chisme no es infundada, pero tampoco respetada. Fue el más afectado del bajón de trasladarse a un camposanto, y era el único que exteriorizaba su deseo de salirse. Pero cuando estuvo afuera también se quejó, y a estas alturas ya nadie lo tomaba en serio. Una lástima por el Abismado, seguro, pero una lástima para ellos también: escribía lejos la mejor poesía. Pero, cuando les dijo que no la tomaran en serio sino solo trataran de encontrar el deleite de una palabra que se sucede a otra, como una fila de asiáticos inmersos cada uno en su particularidad, como ajena, complementada con la misma curiosidad existencial del asiático adyacente, y se sienten tan diferentes, y se ven tan parecidos, y cuando un texto lleva la misma tipografía, la situación es la misma. Así, pues, sus sonetos se revisaban con las más solemnes técnicas de lectura comprensiva, y por eso mismo nadie les comprendía.

“Dios detestaba a ese “luego” tuyo. Irónico, porque cuando llegó, estaba segura que me iba a explicar que no hay presentes ni futuros, y que todo se desarrolla al mismo tiempo, y que todo es tan minúsculo y efímero e insignificante. Me gusta cuando los chicos usan la palabra 'efímero' antes de besarme. Pero no: me dijo que la clave de la estabilidad de este universo estaba en el ordenamiento de eventos, y que gracias a Dios Él no tenía nada que ver al respecto. Dios habla bien chistoso, y lo sabe. Lo sabe todo. Las opiniones de todo el mundo no tienen la menor importancia, es cierto, pero las de Él tienen tantos fundamentos. Y odiaba al luego, y en ese instante, sentía que no me merecía ninguna explicación. Como su misericordia es eterna, no me la dio.”

“Es bestial cómo la Rebequita no responde nunca a nada”, dijo el Curado. Todavía no lo habían hechizado los sortilegios femeninos de la necroantropofagia.

“Ah, sí. Habíamos pedido un trago para cada uno, pero ninguno estaba cogido. Me muchó predecible. Salimos y le bombardeé de preguntas. Él me hizo entender que yo no le había dado ningún servicio y que no le podía exigir respuestas. Me dijo que no había sido la única. Ni en ese momento, ni en ese lugar: al mismo tiempo que levantaba mis cerdas de atrás de la oreja para incrustar sus manos en mi cuello posterior, como un crustáceo casanova, las mismas extremidades se introducían en la falda de la camarera sin desatarla. Y se hacían cargo de esa camisa tan profana que llevaba esa Nativa Genérica tres manzanas adelante. Y se doblaban y desdoblaban para reproducir las canastas de palanquetas del panadero más holgazán del paraíso. Y manoseaban a mi subconsciente, también. Y cómo reclamarle nada: si era Diosito”.

“Ahora te toca tu propio bombardeo de preguntas”, dijo el Musicalizado, pero presentarlo ahorita sí arruinaría el flujo conversacional. Era el más alto.

“Esperen pero”. Y se acaba el vaso y el Ascendente le sirve otro con atolondre impropio.

“¿Es Dios sólo hombre?”, pregunta el Abismado, y gracias a Dios la Rebeca le dijo que no con el mismo apuro: sabemos que más de la mitad de ustedes son parte del género masculino y que la tensión -esta sí inconmensurable- hubiese renderizado la redacción de los párrafos que ya se vienen a despreciar.

“Estás preciosa”, le dijo el Habanero a la Amalia, y tenía razón. El “estás” se trataba de un verbo de lo más acertado: ambos entendían que la belleza de la Amalia no era intemporal y que su estética se devaluaría con el paso de las horas. Por el otro lado, el no confundir el “ser por un ratito” con el “ser” constituía una diferenciación que el Habanero sabía que las féminas apreciaban. Que les gustaba justificar el uso de maquillajes y que apreciaban el ser feas por semanas si podían hacerse con las suyas durante los días fértiles. El Habanero sabía muchas cosas al respecto. El “preciosa” había sido más bien redundante, pero nunca exagerado. Entendemos que una más que considerable fracción de nuestros lectores pertenecen al género femenino, y aquí nuestra pieza de alivio escrito: no tienen por qué temer a la zombificación. Véanlo así: ya han superado todos los horrores físicos que les depara la vejez. Entre las arrugas que se multiplican al compás de las zarigüeyas mutila-bonsáis y los roces entre los pezones y el ombligo, no hay amaretto con suficiente alcohol ni jardinero que les unte bien el mentol sobre la columna. Todos los consuelos son pobres. Y entonces se asoma la

muerte, suspicaz y golosa, separatista y coqueta. Se hubiesen sentido tan identificadas. Antes de que pretendan jalarle la cabellera exquisita por envidia – nunca sana, nunca sana-, les cae el guadañazo helado y su alma se desvanece con la misma torpeza que se concretizó dentro de su cuerpo. Entonces se internan en el quirófano del Limbo y no hay un centro de cirugía más eficaz. Dicen que es parte de los requisitos para entrar, que es allí donde una se hace ángel. Dicen que no hay relación con la lujuria, que no es bótox sino éter. Dicen que no es ni pecado. En el paraíso no hay espinillas ni costras ni tetas caídas: es como regresar a la Escandinavia, pero tropical. Una vez desterradas todas las jorobadas, se abre el Edén, y nadie le silba a nadie: en el cielo no hay modelos ni revistas para caballeros. El placer está en el regreso a casa: olerán de nuevo a hueso con humus, pero todos los cortes se mantendrán y los glúteos seguirán igual de estoicos. La descomposición es un obstáculo, seguro, pero la mayoría de trabas las propina el hedor. Y, como le habían dicho a la Amalia: “tu orina no tiene nada que envidiar a un perfume de Calabria”. “Pero es porque sé escoger mis rones y mis remolachas”. Cuando la Amalia se acercaba a la barra, todos se preocupaban por haber elegido a las islas caribeñas correctas. Cuando la Amalia vaciaba la vejiga, nadie se preocupaba por ostentaciones violetas.

Las palabras del Habanero fueron tan acertadas que no tuvo que rectificarse por adulator. Sin embargo, sus prioridades no eran puramente seductoras: ahora cruzaba una peculiar encrucijada por la desfamiliarización. “Y entonces, jovencito, no podrás sino aguardar”, le había repetido su padre para superar tales obstáculos, y sí, así fue como consiguió ese pase para rodar encima de las madrigueras con su Tía Ornamenta, que por tantos años solo le había considerado un ahijado y cuando lo vio regresado, como perturbado por todos los sacrificios del circo, decidió olvidar el discurso de disculpa por todas las

navidades sin presentes y enfrentar al futuro con un nuevo desafío. Para cuando identificó la simetría de los lunares en las piernas desnudas, la repugnancia intercedió y la pasión por la abstinencia regresó y el padre de Habanero terminó su doble discurso con una moraleja que era de lo más dudosa: la Tía Ornamenta estaba más deliciosa que las trufas de la Tía Amalia, cocidas en la selva y envueltas en cáscaras de cerezas. “Nunca te fíes de un trapealista: ellos solo conocen las caídas altas”, le había dicho el Tío Paco. El Habanero no confiaba sino en el silencio y en sí mismo, y cuando la Amalia no le dijo nada por tanto tiempo, supo que podía forzar este silencio incómodo de varios minutos donde hicieron eco las tragadas de saliva para luego decir: “imagina que me conocieses hoydía” con comodidad.

Y pensó en todos esos gladiadores que fingían abrazar a leones para olvidarse de sus descendencias bárbaras y fue el monólogo más inspirado e inmoral que pronunció. Le propuso esta relación de una sola noche que le cambiaría la vida. “No se te ocurra que este será un agarre más: cada caricia será un altibajo y cada beso un agasajo monumental. Te deformaré la cara y me deformarás el espíritu, y nuestras marcas no se borrarán por ventisca alguna. No pensarás en que solo se trata de carne ni traspasada la barrera de la cintura, porque yo soy inmortal y vos te desarmarás en minutos. No será ni inocente, porque intervendrán sentimientos. Olvida todo lo que hemos vivido: la ejecución de la Inés es más bien fatua por la intervención de los alcoholes. Olvida que la hayas conocido a ella. Somos nuevos, somos desconocidos, y nos amamos desde siempre”. Ella asintió.

El Habanero entonces recordó el templar de las cuerdas de su padre y cómo le sonrojaban las palmas, como acholadas, y ese fue el mejor de sus agarres. La Amalia, calladita, se le acercó a él, y cuando la besó de nuevo, sintió que esos

labios no se desprenderían ante ningún sismo. Sintió la desolación del cadáver próximo, sintió la dulzura que le otorga el Limbo a los pechos sin untar, sintió que los discursos de su padre eran todos falsos. Los psicólogos catalogan a esos sentires de emociones, pero el quiebre de los huesos ajenos le afectó al Habanero con una profundidad que antes no había identificado. ¿Si eso no era un sentimiento, qué? La Amalia, obediente ante los ideales de la promesa, se despojó de todas sus fibras y grasas en minutos, y, para cuando el Habanero se propuso el desvestirla, se encontró con un muro de hueso, un diafragma blando y un solo pulmón desfigurado por el humo del hachís. Ambos consideraron que se lo estaban tomando demasiado a prisa: la Amalia había perdido sesenta libras en los últimos seis minutos y el Habanero había eyaculado dos veces.

Pero no pararon. Una vez el Habanero se aseguró que había tanteado cada vestigio de la Amalia, se trazó un nuevo objetivo. Su determinación le recordó al día que burló a la muerte. El día que la Tía Ornamenta murió, le llamó al padre de Habanero y le dijo que “el memo había llegado. Me perdí el último amanecer.” Nunca construyeron un ataúd con tanto apuro. Rentaron un Corvette con su padre y le recogieron a la Tía Ornamento al Rolandito, el degenerado que también se murió ese día y se consolidó como el mejor cadáver en ese cementerio en particular. Comieron medias lunas en la Rotonda y emborracharon palomas y rieron toda la tarde. Todos estaban elegantes, y todos bromeaban sobre cómo burlarla. Fue perfecto: al instante que concluyeron que no se podía, la muerte ingresó por el vestíbulo posterior con una orden de barro lucos y se sentó en la cabecera. El Habanero comprobó ese día su simpatía: tras casi tres horas de vinos y chistes sobre correccaminos, se paró y dijo que era el momento. Entonces enumeró los pros y los contras de ser cremado y de ser enterrado, y les persuadió que no había paz como la de los gusanos reconstituyendo suelos a partir de tus

muslos y de las raíces de cedros que se asientan donde solían ir tus costillas. Llegaron a un acuerdo, se adjudicaron un terreno en el Reino de los Cielos a muy buen precio y nos abrazamos todos. Murieron atorados. El Habanero, en cambio, se encontró con la muerte el día en que salió disparado del Cañón de Hombres, y, con toda la confianza del caso, le dijo que él no había recibido ningún memorándum, y que se iba a encontrar con el amanecer. Nunca más regresó al circo y nunca más estuvo vivo, pero gracias a Dios tampoco se murió. “La muerte es tan comprensiva”, fue su primer afirmación al llegar al Mausoleo, y le tejió su propio póster y todos la morbosearon.

“Quiero que me chupes el alma”, le dijo el Habanero a la Amalia.

La Amalia levantó su cuello carcomido por hematomas que no se expandieron y sus cabellos perimetraron el rostro del Habanero, a forma de los manantiales hormonales de una mujer que va a asentir de nuevo.

“Súbete la cremallera entonces, degenerado”, le dijo la Amalia molesta, y antes de cualquier protesta, se saltó los riesgos de contagio y mordisqueó el índice derecho. Suspiró orgullosa por la creación de su nuevo agujero e introdujo los colmillos.

El Habanero sonrió, tan determinado como ustedes lo han conocido siempre.

“No te me quiebres”, le dice la Beatriz al Pirómano, pero el Pirómano ya estaba quebrado. Este desenlace lacrimógeno en particular era el culmen de casi cuarenta minutos de rectificación oral por la muerte del Malandrín. La estructura de su diálogo confesional con la Beatriz había sido de lo más simétrica. Los primeros diez minutos hablaron sobre la falta de quehaceres entretenidos en el

Reino de los Cielos (“todo, más o menos, funciona; acá no hay pasatiempos”). Los veinte siguientes fueron sobre la ejecución brutal del Malandrín sobre el Patio de Administración. Los diez últimos se basaron en lo poco estable que el entretenimiento celestial, sobre lo poco que importa, porque todo está creado, porque Dios se adelantó. “Y al entrar te abolen el pecado y el hablar del Señor en vano, y cómo quisieras tener por lo menos un pensamiento *parcialmente* profano”. El quiebre del Pirómano fue un gesto de desaprobación, y empezó cuando la Beatriz dijo “tu homicidio, casi casi, no tiene consecuencias”.

“Ya no quiero hablar del Malandrín”, dijo el Pirómano.

“Todo bien”, dijo la Beatriz.

Pero ni tanto. En todo caso, tampoco había temas de conversación benignos. El silencio era fatal, también. El único escape era quedarse dormidos, pero ambos estaban tomados y no pudieron identificarlo.

“Lo siento”, dijo el Pirómano.

“De nuevo, te juro que no es tan importante. Excúsame por la crudeza, pero esto no es ni comparable con lo que sucedió con el Malandrín”.

“Me afecta mucho más”.

“Y es porque no has dejado ni una noche para la transición de tu estado de ánimo. Mañana estarás mucho mejor”.

“¿Estarás vos?”

“No sé, no creo”.

“Qué lástima”.

“No lo dices en serio”.

Pausa.

“No lo sé. Me siento tan indignado por mi comportamiento y tan indigno de tu tolerancia que todos los otros elementos me son enfermizamente secundarios. Lo siento, también”.

“Me duele un poco más, claro, pero es porque eso sí lo tomo personal”.

“La Inés era como tu mejor amiga, ¿no?”

“¡No! Compartimos el sarcófago tres noches y poquísimo más de cuatro mil palabras. Nunca toleré sus hábitos digestivos, ella nunca toleró mi sensacionalismo”.

“Yo lo tolero”.

“Sí”.

“¿Por qué regresaste del Reino de los Cielos?”

“Se lo pedí al sargento. Me dijo que la primera noche sería gratis, pero que sería una. Si me quedaba, tenía que pagar todos los impuestos al regreso. Tampoco son tantos: reencarnación y par milagros, si sabes a lo que me refiero”.

“¿Por qué?”

“Ah, sí. Si tenemos algún pero es que nuestras respuestas son más argumentos excusados indirectamente por las preguntas que nos formulan.

Perdón. Bueno, como te decía, el Reino de los Cielos no es un lugar tan divertido. Es el curso más intenso de cómo vivir con felicidad, y la verdad es que yo, sin ser la cabeza de la clase (como si tuviera que aclararlo), he aprendido muchas cosas. Me gustó esa teoría de cero remordimientos que nos dieron a la tercera clase. Pero digo, luego, te preguntas dónde vas a practicar. Y es que allá no puedes: todo el mundo es un maestro en las técnicas del buen comportamiento”.

“Me gustaría haber asistido”.

“Sí. La dicta Tomás. ‘Total’, nos dijo, ‘no hay gesto más grosero que la falta de credibilidad, y hasta a esa la ignoran al entrar”.

“¿Entramos todos?”

“Claro”.

Pausa.

“Me siento terrible igual”, dijo el Pirómano.

“Y cómo culparte. Pero tómalo por el otro lado: tus prioridades eran otras. Tengo una observación como malévola acerca del asunto, pero sé que sabrás entenderla. Estarás vulnerable, pero por eso mismo más comprensible”.

“Dale”.

“La Inesita era la más feita de nosotras”.

“Sí”.

“Yo le dije que se cambie antes de salir. Me dijo ‘patética’. Me dijo que mi superficialidad le era insoportable. Me dijo que igual nuestra misión arriba no era

sino comer nuevas carnes. Yo le dije que no tenía por qué no ponerme metafórica. Me dijo que le era repugnante y que no me soportaría aún fantasmagórica”.

“No se llevaban tan bien, entonces”.

“Más o menos: amiga era”.

“¿Te duele?”

“Un poco no más. Igual yo me voy a podrir en horas. No creo que debamos malgastarlas en cuestiones tan reacias”.

Pero al Pirómano le daban lo mismo sus creencias. Pausa.

“El Malandrín por lo menos se lo merecía”.

“Eso lo dices vos”, dijo la Beatriz.

“La Inés no hizo nada. Digo, es como la táctica de devolver el cambio cuando te dan mal el vuelto. Se trata de la más simple de las matemáticas, y fallar en ella ya debe garantizar cierto grado de estupidez”.

“Contra la estupidez, los mismos dioses luchan en vano—así dijo Juana de Arco”.

“¿Luchan?”

“No”.

“Por eso. Yo devuelvo las monedas inmerecidas. ¿Es la culpa del tipo del mostrador su torpeza aritmética?”.

“Creo que sí. De todas formas, ¿cuándo fue la última vez que te viste inmerso en una transacción semejante?”

“No me acuerdo. Ya no me acuerdo de muchas cosas”.

“El despecho te está consumiendo”.

“Ni que lo digas”.

La Beatriz se atraganta otro shot entusiasta, el Pirómano no ofrece resistencia en recibir el propio. En búsqueda de un acomode más ortopédico, el Pirómano introdujo su mano derecha bajo la rodilla izquierda de la Beatriz. A la Beatriz le fascinó el gesto, aún cuando involuntario. Suspiró excitada. Su sensual estímulo de origen nervioso fue a parar en la autobiografía del Pirómano como un “peculiar estruendo maternal”. Entonces pretende describir la naturaleza del suspiro, y, ni para qué especificarlo: fracasa espantosamente. El texto muta a un melange insufrible de gimoteos y confesiones. La Betty Cachonda es un personaje secundario y la narración no podría ser más narcisista. Nosotros, por el otro lado, sabemos quién le robó el protagonista a quién.

“Qué bien huele tu cabello hoydía”, dijo la Beatriz.

“Ayúdame a levantar el cuerpo”.

“Diosito. ¿De veras crees que tus amigos no lo habrán vuelto a sepultar hasta ahora?”

“Sí”.

“En todo caso, lo guardará la Rebeca. Ella se llevaba un poco más, pero en cambio la veía solo a ratitos”.

“Ok”.

Pausa.

“¿Crees que sea sexismo?”, dijo el Pirómano. “¿Crees que por eso me duele tanto más que con el Malandrín?”.

“No. Es solo natural que te duela ahorita. Te vas a despertar mañana y vas a pensar lo ridículo que te portaste. ¿Qué es que nunca te has embriagado antes?”

“No, yo tampoco. La verdad es que solo reconocí la presencia de sus senos a centímetros del descorche. Y descorché igual”.

“Y qué bien lo hiciste”.

No era la verdad, pero tampoco era un sarcasmo. Un poco patético, no más, pero ya quisiéramos proyectar vídeos de cortejos de Virginia Woolf. Entonces comprobarían que no era *completamente* brillante.

“La Inés no me hizo nada”, dijo el Pirómano.

“A mi sí. Era cuestión de tiempo, no más”.

“¿Su asesinato?”

“Tu irritación”.

“Y cómo quisiera creer que fuesen situaciones así de distantes. Si tomamos a lo que pasó como un homicidio de previsión, como un gesto antecedente, la verdad es que soy un tipo sin remedio”.

“No creo. No creo que importe, tampoco”.

“Ya no quiero hablar. No te desintegres, por favor”.

“Te juro que no ”.

Y la Beatriz se arrimó al torso del Pirómano, antecedente a la largura del silencio y tratando de mantenerse concreta por el mayor período de tiempo posible. Le acarició el cuello y él avistó sus intenciones. La calidad hipotética de la experiencia resultante al tomarlas en cuenta le fue indiferente. La cabeza de la Inés que sale expulsada hacia el viento se le repitió a manera de reflujo visual. La daga que se inserta en la espalda del Malandrín, ya envenenado, le complementó el banquete que quería redigerirse. Era como el infierno cuya existencia le acababan de desmentir. Allí no había agua potable sino el mismo potaje de pócima malhechora, el mismo elíxir desgarrar-esófago. Pensó en cómo se le carbonizó la garganta al Malandrín. Lo pensó bajo el titular “Los Pros y las Contras de Carbonizar una Garganta Ajena”. Pensó en cómo había vivido arrepentido, pensó en lo inútil que sería vivir si no se arrepentiría otra vez. Seguro no podría lidiar con una inmortalidad sin poder pedir perdón de nuevo, sobre todo si de veras lo sentía.

“Lo siento”, dijo el Pirómano.

“No te preocupes”, dijo la Beatriz. La Beatriz pensaba en hacer su jugada en un buen rato, y la extenuante repetición de la apología del Pirómano le fue sorpresiva. De todas formas, en algún plan ya había maquinado hasta entonces, y, como si su desintegración se fuese a presentar en pocos instantes, se arriesgó a la torticulis letal, torció la clavícula, zampó un beso en la mejilla de su contrincante y con los labios todavía adheridos recurrió una no tan obstaculizada trayectoria cachete-boca en poco menos de quince segundos. Al abrir los labios sintió la

raspaduras en la carnosidad del Pirómano, y, consciente de que se trataba de un evento más nocivo del que esperaba, le muchó más duro. Fue un buen beso: le confirió al Pirómano su punto de quiebre en el momento ideal y se prolongó lo suficiente como para ser parte del espectáculo salado del Pirómano que lloraba sobre una mejilla que no era la propia.

“Betty”, dijo el Pirómano.

“Sabes”, le dijo la Beatriz. “Creo que en tu vida has matado a nadie”.

Pausa, pero bastante sonora. La Beatriz se dio vuelta y se acomodó sobre las rodillas del Pirómano. El Pirómano no ofreció resistencia. La Beatriz le acarició el cuello, le arañó la papada y le rasguñó la espalda. Al Pirómano no le dolió, pero lloró como en pocas.

La persiana de polvo se desprendió de los pechos de la Beatriz ya desarropada. Las lágrimas del Pirómano encontraron allí su verdadero propósito. La Beatriz quedó marcada e inodora, esbelta y anémica. Había sido rubia, pero el forcejeo le arrancó el cuero cabelludo. “La muerte tampoco le fue relevante”, le dijo su estilista. La Beatriz había muerto incinerada en el menos misericordioso torrente de querosene y la ausencia de sus párpados era su detalle estético más prominente. Por lo menos, podemos asegurar que “ese frondoso vacío post-ocular” fue la metáfora menos provocadora de la autobiografía del Pirómano. La citaremos ahora:

“Y quién mierda se cree la Betty como para rasguñarme la espalda con la pelvis cubierta y quién mierda se cree la Betty para decirme que no he matado a nadie cuando ella no ha matado a nadie. ¡Puta abusadora de hipótesis! ¡Como si el cadáver del Malandrín, seis pasos tras apuñalado, no pudiese carcomer un

cerebelo! ¡Como si las toxinas no hubiesen regresado a quién las mezcló, psicológicas, mutantes, latentes! ¡Permanentes, mierda, permanentes! El cadáver vino-oliente de la Inés seguro sigue allí, perforado y gaseoso, y la Betty seguro quiere que me la tire, y el movimiento de mi lengua es constante, sin curvaturas, sin vibraciones. ¡Y la muy puta le da lo mismo e inserta su mano en mis Levis! ¡Y cómo me va a decir que no hay consecuencias, puta de mierda, si sigo llorando! ¡Y cómo me va a decir que no pare, puta de mierda, y no me agradece que la sigo besando!”

Patético. Pero no vamos a criticarlo ahora, ¿verdad? Lo que lo conmovió no fue el instinto de precipitación carnal de la Beatriz, sino el forcejeo incorpóreo de los remordimientos que tenían que abolirse con pesares que apenas se concretizaban. Cancelar el arrepentimiento es cancelar la emoción, y no hay emoción más intensa que el decapitar a una mujer. Porque el reemplazar Hombres con Carnes es el más cruel de los eufemismos.

Sentirse mal, pero sentirse algo. Evitar el frondoso vacío post-vida.

El atractivo del Pirómano hacia la Beatriz se consolidó por la resistencia al exilio de sus emociones. El Pirómano nunca lo adivinaría. Su quiebre llegó cuando la palma de la Beatriz cruzó de su glande a su mejilla y no le inmutó el mojado. Entonces quiso dejar de llorar. Allí llegó la epifanía: para cuando la sangre hubo circulado a los confines adecuados, su quiebre hubo finalizado. Quisimos advertirles sobre su insignificancia.

“Ya no lo siento”, dijo el Pirómano, que todavía lo sentía, pero que ahora quería sentir otras cosas.

“Entonces límpiame la cara, marica”, dijo la Beatriz, que sí podía distinguir una línea de diálogo auténtica de una charlatanería. Se quitó de las piernas del Pirómano y fumaron un cigarrillo cada uno.

A media colilla, la Beatriz le dijo que ni la mierda, que probablemente acabaría en el infierno y que quizás confesar ayudaría.

La confesión del Pirómano en medio del funeral del Negro Mauricio es nuestro capítulo favorito en su autobiografía.

El alma del Habanero olía a vainilla. Creemos que eso dice muchas cosas sobre su falta de complejidad. Tras la purificación del cabello, la Amalia se reinstuyó como la mujer deliciosa bebedora de ron que nos enamoró al principio del relato. Pesaba cincuenta y cinco libras.

Ahora bien, chupar un alma no es una experiencia del todo inclemente. Para la Chupadora es como cualquier otro tipo de tinte de cabello, pero, presten atención, para el Chupado es de lo más entretenido. ¿Cómo podría descifrar él que su alma es pesada y caliente, que no contiene ningún secreto, que no le otorga a quién le inhala ningún avance en los niveles de profundidad? ¿Que no tiene propiedades malignas, benignas, y que es tan neutral como un huracán? Los únicos deleites del proceso yacen en la ingenuidad del Chupado: le asalta un miedo tan exquisito. Piensa que es el momento más importante de su vida. Piensa que está burlando la muerte y sus túneles, y es una broma tan emocionante.

Pongámonos teóricos. El alma es el más idiota de los órganos. Está ubicado en el tórax, milímetros a la derecha del diafragma. Ocupa un volumen de seis

centímetros cúbicos. No aparece en ningún microscopio y no se puede desfigurar con ningún bisturí. No tienen ninguna conexión física con el cerebro y se lleva muy mal con la Inteligencia Emocional. El alma no produce ninguna emoción, ningún sentimiento, ningún anhelo. El alma sí produce deja-vus, pesadillas y alteraciones en nuestra percepción de los milagros. Cuando Dios nos visita, se aloja en otro órgano. Dios es sensato.

El recorrido del diafragma al índice dura veinte y tres segundos. Es el único período en el que el Chupado se constata de la existencia de su alma. La siente caliente. Es más, es casi insoportable. La carbonización de su hígado la siente particularmente inminente, y el Chupado produce entonces sus mejores gotas de sudor relativas al terror. Abrumado por el montoneo de los espasmos fóbicos, el Chupado reconoce la magnitud de su existencia. No, nunca considera retirarse.

Escuchen: hay este trato entre la Inteligencia Emocional y el Alma Viajera. Se tranzó de muy mala gana por ambos bandos. Cuando el alma se retira del cuerpo, el cerebro tiene que ingeniárselas para añadir paranormalidad al evento. Si no lo hace, el alma no regresa. Dado el grado de conexión entre la mente y el alma, pueden coexistir en diferentes cuerpos. Esto, por supuesto, es insoportable para la mente, que no puede concentrarse en quehaceres como el tener hambre y tiene que proyectar todos sus estímulos basado en un perfume que afecta a cabellos ajenos. Un alma, en cambio, puede oler bien por trescientos mil años. Y es la mente la que se carga peores consternaciones higiénicas. Apestosa y desconcentrada, la mente perece. El alma, por su parte, no tiene nada que perder: es solo una cuestión de ego.

La paranormalidad expuesta es siempre aleatoria y siempre exigente.

El alma no es cortopunzante. Su abandono no deja engendros con forma de lesión. Es como si el cuerpo estuviera hecho para resistir todas sus trayectorias. Aún con su sendero definido, el alma es libre. Las paranormalidades se suceden con la misma falta de estructura. Tomemos al Habanero, por ejemplo, que apenas empezada la inhalación se vio introducido en el cuerpo de un borrego. Son terrores, como decíamos, exquisitos. Poco sexuales, sí, pero de lo más disfrutables. Estalla en gritos de cólera. Son tan incompetentes. Su cuerpo sigue allí, y todavía no le abandona la consciencia, pero siente cómo las lanas le pican la papada y cómo crecen según se acercan al vórtice de colonia, y el presuntuoso hedor del cabello de la Amalia colma la habitación de una grandiosidad tan inmerecida. ¿Dónde está el borrego? Su género le es desconocido, y eso nos permite transmutar de oveja a borrego según nos convenga. El episodio, en todo caso, no le dura más de un par de segundos, y entonces roza estos hígados bovinos como si hubiese comprendido de exploración de capas de ganado toda su vida. Sabe que este es solo un preludeo, un calentamiento, y está seguro que el perder el espíritu no puede ser una experiencia alucinógena. La oveja está tan gaseosa. Su entrepierna mojada se junta con las vísceras de la bestia, como interesada. Él ignora, repugnado. No siente el alma que se traslada de riñón a riñón, y en instantes ha aniquilado al borrego para verse envuelto en la más realista Casa de Velación. Allí está la Amalia, desnuda, hincada, flaca, y sus colmillos están sobre su índice y tiene el rostro más insoportable de yo sí qué estoy haciendo acá. No hay nubes, no hay niebla, no hay mística alguna. No se miran.

Llega el mareo más insoportable nunca. “¿Voy a seguir imaginándome huevadas?”, pregunta el Habanero, y la Amalia le dice que no. Y entonces está dentro del cadáver de la oveja de nuevo. Quizás hubiese preferido tirármela, piensa el Habanero. Pero el pensamiento es tan fugaz: se ha convertido en moho y los cuervos vienen a comérselo. Se siente tan identificado como los faraones de polvo que yacen a centímetros. “¡Es todo tan objetivo!”, grita.

“El alma no controla ningún sentimiento. Ni te creas que te vas a morir por un ratito”.

Buenas palabras de ánimo. El Habanero no sabía de las propiedades del alma y su relación con las realidades imposibles. Según el Habanero, era tanto más trascendental. Disculpenos ustedes, que hemos arruinado la experiencia para cuando se chupen la suya. Ahora bien, las sublevaciones zombies son tan poco frecuentes que nuestra elocuencia al pedir perdón es más bien carente. El Habanero sigue en la oveja, fermentándose junto a quién sabe cuántos kilos de pasto machacado y dagas envenenadas. ¿Sería que este era el Malandrín del que tanto habló el Pirómano? ¿Será que este era el asesinato tan excesivamente cruel que se profesó por tantos años como legendario?

“El Malandrín tuvo tanta puta personalidad”, dice el Habanero.

Sus diálogos son tan rápidos. La oveja se desvanece y todavía le quedan veinte segundos de aguantar picoteos sobre la arena. No hay oasis para este cuerpo vegetal. No hay consuelos, tampoco, solo picos de gallinazo que muelen su piel como si se tratase de la menos fértil de las hienas y como si se hubiesen enterado de su esterilidad por los chismes de un orador tan serio, tan poco imaginativo; el Habanero ensangrentado y la Amalia ensangrentada por el géiser de glóbulos

rojos que se expulsa de su dedo sin producción de vapor. ¡El borrego! Y los gallinazos que se disparan a su prisión de nubes y la oveja portadora de un alma que se pierde en el horizonte, a instantes de ser apuñalada por el Pirómano. ¡El pasado!

La Amalia escupe el dedo carcomido y el Habanero, ahora en la Casa de Velación, vomita. Está infectado, y presiente que será un zombie más hasta el amanecer. “No seas ridículo”, dice la Amalia, e inserta esta saliva de quién sabe qué pajarraco en su nuevo hueco e inhala por tanto tiempo. “Está tan caliente”, dice, y “está tan pesada”. ¿Sería que la Amalia hubo descifrado el paradero de su religión olvidada? ¿Sería que si la llevamos a la misa ahorita, podría recitar todos los salmos sin pollas en la mano? Es un milagro, la oveja es un milagro, resucitada, vigorosa, saltarina, y el Pirómano se tambalea en su vientre como si no fuese tan solo otro artefacto de percusión y cuántos malditos cortejos tendría que volver a presenciar, qué tan personales se tornarían, qué tan relevante era la presencia en su vientre.

“¡Es mujer!” grita la Amalia, y el Habanero le exige la parida al Malandrín. Ha regresado a su vientre, y quién apostaría a por un Habanero bovino, peludo, estruendoso al caer y al hacer caer pianos, y el piano que cae sobre el Malandrín, con las teclas envenenadas, y el Habanero llora en el quirófano por su muerte. El trayecto del alma es tan curvilíneo. La Amalia hace gárgaras con las babas calientes. Su cabello huele al más puro extracto de caballo de mar alborotado. Ya se imaginan de lo que hablamos: este caballo de mar que solo es admitido en acuarios-manicomio y que destroza los vidrios sin usar cascos y que se envuelve en los más intensos berserkgang con organización envidiable, y les gana en pulso a las pirañas, y se folla a las peces espadas, y las mechales de la Amalia están tan

radientes, tan inflamables, tan anarquistas. Su melena se desplaza por la habitación como la última revelación del Señor Sol, y su mandíbula, deformada por el peso del alma, cae rendida ante tanta luminosidad. Es todo tan blanco. La radiación no mató al Malandrín, ni tampoco el parto del Habanero. El Malandrín murió envenenado en el Patio de Administración tras devorar ciento catorce hojas de helecho plantadas por el Pirómano. La toxina ingerida primero la volvió loco, como un caballo de mar. Demente se devoró al Habanero, que, coincidentalmente, era un desalmado temporal y no ofreció resistencias. “Lucía tan apetitoso el ser ingerido”, repitió en el juicio, recién parido. El Malandrín se desploma aforme sobre el Patio de Administración tras una puñalada inconsecuente del Pirómano. “Su muerte ya estaba asegurada. ¿Para qué?”, dice el Habanero al sacar el resto de su cabeza de la vagina del Malandrín. El Pirómano usa el mismo puñal para recolectar el algodón y abrir paso en el vientre del Malandrín. El Habanero sale, victorioso pero con reclamos y le explica que mientras vivía dentro del Malandrín (seis a siete años, aproximadamente), nunca tuvo un gasto nutricional. “Hijo de puta”, dice el Pirómano: “viviste a punti helechos envenenados”. El asesinato del Malandrín consistió en un proceso de veinte y cinco meses de conspiraciones y pociones. La ubicación estratégica de los helechos, repartidos a forma de oasis baratos a lo largo de los desiertos del mundo fue la clave de su éxito. No lo compartió con nadie, porque el Habanero se resintió y no le habló hasta que burló a la muerte dentro de un cañón.

“¿Ya le conociste a la muerte?” le pregunta la Amalia, que huele extraordinario, al Habanero. “Por supuesto”, dice el Habanero recién parido mientras le roba las galletas y juega con su propio Cancerbero. “¿Es ahorita?” le pregunta el Habanero a la muerte. Nadie como la muerte como para apreciar la delincuencia en la sala de los tés.

“No seas idiota”, le dice la muerte, y estaba a punto de explicarle al Habanero lo que estaba pasando. Entonces la Amalia la vomita el alma al índice, apurada. Falla y tiene que absorberla de nuevo. El Habanero, aburrido, se reinserta en el cuerpo del Malandrín, que se muere de nuevo. Es el peor loop jamás. La muerte, chismosa, le explica qué es lo que está pasando. Esta vez, los gallinazos abruma a las hormigas y se abren paso a través de las entrañas sin compañía. El Habanero muere sin compañía. La muerte le visita en los túneles de pudín y le dice que no valen la pena. El Habanero está dentro de las entrañas del Malandrín, picoteado y babeado, y es un loop mucho más afable que el anterior. ¡Pasado!

Y el Habanero está la Sala de Velación y la Amalia está hincada chupándole el alma. Se quema la garganta y crea varios baches místicos en su esófago. Su cabello ahora huele a caballo de mar agresivo. Se levanta más de lo que debería con el viento. Es la misma femme fatale que nos enamoró al principio del relato. Si no fuese por su parálisis física, el Habanero se la estuviera tirando. “¡Desalmado!”

“¡Desalmado hijo de puta!”, dijo el Malandrín, agónico, envenado, acuchillado, arrollado por los pianos sobre el Patio de Administración. “¡A ver quién se atora con las lanas de quién!” Se refería al Habanero, no al Pirómano. Es que el Malandrín nunca se lo tomaba personal. El Malandrín tenía tanta puta personalidad. Ese borrego era un milagro, y no solo por hermafrodita.

El Habanero cayó inconsciente sobre el sofá.

Olía a vainilla.

“El entretenimiento celestial es de lo más inestable”, dijo la Rebeca. El cuerpo de la Inés seguía allí. “Y es por eso que la clave está en la fe. Si alguien tiene derecho a exigirles soy yo”. Estaba borracha.

“Bien”, dijo el Abismado, que también estaba borracho.

“Lo digo en serio. Ya lo viví. Esto va mucho más allá de quién es y quién no es valedero de una cita con el Redentor. No me considero afortunada. Pero, claro, ese es mi problema: no le considero tanto a Él, tampoco. Y si tomamos a mi relación con el Señor y no la analizamos con Dr. Corazón Roto sino con cualquier sacerdote respetable, la verdad es que soy bastante relevante. Probablemente me concedieran un par de versículos. Pero es que no se puede sobrevalorar a Dios. Es decir, por supuesto que se puede, pero no hay por qué. Sobrevalorarlo acarrea tan pocas consecuencias: mal que mal, es eternamente misericordioso. Pero subvalorar la cita es terrible, porque luego todas las experiencias se rigen a esa. La vida no tiene opción sucederse en picada. Todos los besos son tan secos y todas las sonrisas me parecen tan falsas. ¡Dios, en cambio, es tan auténtico! Por supuesto, tomé ese tipo de facciones por sentado, y solo me concentré en forzar intencionalmente una tensión sexual que habría llegado igual. En que Él se concentre en mí, sólo en mí. Como si no lo hiciese con omnipotencia. Cuando lo conseguí, estaba tan exhausta que no pude apreciar la humanidad con la que me sedujo. ¡Fe, entre todas las pertenencias! ¡Que la carencia espiritualidad no les anule de una satisfacción tan carnal!”

“Ay Rebequita”, dijo el Ascendente, y estuvimos de acuerdo de forma unánime en que la Rebequita se había pasado de la raya. Estábamos ebrios, también, pero no tan ebrios como para que el Curado no cuente con las destrezas motrices para estirar el brazo y arropar a la Rebeca con cinta de embalaje. Total y

nunca se desnudó. ¿Cuál era el punto de invitar al Mausoleo a una Bailarina del Reino de los Cielos cuando se trata solo de un personaje secundario? ¿Qué beneficio nos traería la merma de bourbon con otra fanática? La levantamos y la apoyamos junto a la estatua del Prioste Samaniego.

La suerte fue similar para la Amalia, que genuinamente se aterrorizó al encontrarse hincada con la quijada apoyada en una bragueta no sólo cerrada sino ajena. “¡Así que tú te llevaste el extracto de vainilla!” y entendimos que le había chupado el alma al Habanero. El alma ya había regresado.

La Beatriz, en cambio, ofreció resistencia oral. Luego le hincó los dientes al cuello del Pirómano. ¿Qué pretendería? ¿Qué es que el Pirómano nunca le habló sobre nuestra inmortalidad? Sus circunstancias también eran agravantes: no hablamos solo de las lágrimas, sino de su concreción gracias al espíritu misionero visitante.

¿Quiénes se creerían los muertos vivientes para vendernos una nueva religión?

Hubo un Segundo Descorche y las tres cayeron decapitadas. “Total y eran solo carne”, dijo el Abismado al recoger sus restos. “Y a veces, hasta ni eso”. Una vez culminadas las labores de limpieza, bebimos las tres botellas de champán sin espuma y dormimos hacia las seis de la mañana. Nadie tuvo chuchaqui el domingo—excepto, quizás, por la Inés, que tuvo que presenciar la noche disparatada inmóvil y sin beneficiarse de ningún tipo de trastorno psicológico.